

Las fiestas de familia constituyeron, durante el siglo XIX, espacios de confirmación y diferenciación social. Las distintas maneras de realizar las celebraciones tenían la intención de reafirmar la preeminencia de las personas allí reunidas y, por lo tanto, las posibilidades de acercamiento social solían ser nulas porque la sociabilidad se restringía a un limitado círculo.

• • • • •

During 19th century, family celebrations constituted spaces of social confirmation and social differentiation. The different ways to carryout the celebrations persued an intention to reaffirm the preminence of those who got together there; therefore, the possibilities of social encounter between groups of different social status were almost inexistence because the sociability was restricted to a limited circle.

KEYWORDS: CELEBRATIONS • FAMILY • ELITE • MORAL • COTIDIANITY

Una aproximación a la elite y a las *fiestas de familia* en la ciudad de Mérida, segunda mitad del siglo XIX

PEDRO MIRANDA OJEDA*

Universidad Autónoma de Yucatán

MORAL Y URBANIDAD

PALABRAS CLAVE:

FIESTA
FAMILIA
ELITE
MORAL
COTIDIANIDAD

Las fiestas de familia, como se conoció a las reuniones familiares, constituyeron una representación de la sociedad decimonónica. Las diversas escenificaciones de la parcela privada, íntima, definieron las prácticas cotidianas y los valores culturales, morales, sociales y económicos. Las realidades de orden cultural fueron, por antonomasia, la esencia de un mundo que se exhibió por las improntas de lo culto. Es decir, las reuniones familiares de las elites procuraron la presencia de

• • • • •

* pmojeda@uady.mx

actividades consideradas en los estándares de la imagen de la sociedad culta: poesía, pequeñas representaciones teatrales, música, etcétera; distanciándose de aquellas en que el baile y la diversión eran la única alternativa de la velada.

En el nivel moral se pretendió compartir una serie de comportamientos, normas de etiqueta según estimaban los manuales de urbanidad, propios de las personas ahí reunidas. Las conductas, los gestos, los movimientos fueron parte de una caracterización funcional de la sociedad moderna, moral, divorciada de los vicios o de las alteraciones del orden privado o público. La ruptura de la civilidad obedeció, según esos principios, a las reuniones en que no existía una moralidad obedecida, eso significaba una asociación con el pueblo, las masas.

El baluarte social, en cambio, respondió a un conjunto de premisas que identificaron a los individuos por sus intereses o coincidieron en determinadas actividades comunes. En ese sentido, existió una estrecha vinculación con el orden económico porque los sujetos fueron parte de un estrato social y económico reconocido. La inserción en los grupos de poder —la elitización de las relaciones— únicamente pudo garantizarse mediante la participación en las actividades individuales y exteriorizadas por su grado de importancia en la sociedad.

Las imágenes de la alta sociedad meridana decimonónica fueron una proyección del modelo moral y cultural que pretendió impulsarse en todos los ámbitos de la sociedad. Desde las primeras décadas del siglo XIX, las autoridades políticas poco a poco comenzaron a edificar los cimientos de la sociedad moderna, progresista. La idea central tendió a controlar y regular aquellas prácticas entendidas como nocivas a la sociedad e insistir, al mismo tiempo, en la elaboración de reglas precisas que definieran al nuevo hombre.

En el primer nivel fue necesario que el individuo velara por su comportamiento moral que, a su vez, incidía en los intereses individuales porque esa valoración determinaba a la sociedad misma. Esto quiere decir que el hombre, en tanto miembro de una sociedad, debía formalizar la relación con su entorno por medio de su participación laboral. Así, la moral contribuía a forjarlo como un ser trabajador que impulsaba capacidades y habilidades para procurar desarrollar su economía que, al mismo tiempo, repercutiría en la sociedad. La moral social desplegó el interés por el trabajo, la primera estrategia pública que hizo al hombre parte indispensable de la sociedad. Los vagos, ociosos, jugadores, ebrios, etcétera, los inútiles sociales y no correspondientes con la moral pública, constituyeron parte de la anomia social, divorciados de la empresa

pública del Estado. El desarrollo económico era la vía del progreso y la modernidad.

En el segundo nivel estuvo la inclinación por las actividades cultas. Las imágenes que se tenían de los pueblos desarrollados (Europa y Estados Unidos) eran las de sociedades conciliadas con el avance de la cultura. De ahí la necesidad de establecer los canales para fomentar el gusto por las artes, lo estético, la cultura. Las diversiones públicas no siempre tuvieron esa consideración y, por este motivo, la cruzada emprendida por las autoridades se concentró en erradicar aquellas prácticas inmorales, bárbaras e incivilizadas que a menudo describen a Mérida en la primera mitad del siglo XIX.

Las proyecciones políticas de las autoridades de la ciudad de Mérida tendieron a construir una sociedad moral y culta. En la jerarquización de las relaciones sociales se manifestaron dichas premisas debido a que la elite, por su cercanía y su constitución en el poder, asumió de manera tácita su representación. La elitización de las relaciones se determinó por una serie de valores morales y culturales desplegados en las nociones de moralidad y urbanidad que se difundían en la prensa, en los manuales de buenas costumbres, en la educación. Las prácticas cotidianas fueron un escaparate extraordinario para explicar la diversidad de comportamientos privados y, en consecuencia, el marco de la privacidad permite revelar a las fiestas de familia como representaciones de esos valores. Analizar esas reuniones contribuye a la comprensión de la sociedad y el mundo decimonónico.

Las reuniones festivas eran símbolos que pretendían fomentar el ideal de la cordialidad, de impulsar los buenos deseos que contrarrestaran y repararan las disputas familiares. El Estado trató de utilizar algunas fechas representativas para que las relaciones sociales adversas se debilitaran. El mismo propósito se advirtió en las sucesivas libertades expresadas en las fiestas privadas (licencias y ampliación en los horarios de las reuniones), en beneficio de una sociedad mejor y más consciente de que los ímpetus agresivos sólo conducían a la ignominia social de la colectividad. Estas razones morales tuvieron eco en el rendimiento laboral porque en ocasiones los hombres tenían rencillas internas que afectaban la buena operatividad en los negocios. En estos términos los empresarios abogaron por los convivios, esperanzados en que los momentos de festividad contribuyeran a solucionar las diferencias entre los trabajadores. La fiesta era una representación del olvido de las conductas inapropiadas que alteraban el

orden y, al mismo tiempo, imponían un modelo de diversión honesta. Esa novedad, sin embargo, no significó el aborto absoluto de las reuniones que terminaban en pleitos o en conatos de perturbación del orden público. Había frecuentes quejas por el desorden público:

[...] la tranquilidad del vecindario durante la noche no sea perturbada con los que á pretexto de serenatas amorosas escandalizan con gritos destemplados, con los embriagados que se deleitan en probar la fuerza de sus pulmones, con los cocheros que conducen carruajes á rienda suelta produciendo atronadores ruidos; con los cohetes bombas, que son indispensables para rendir culto á los santos de palo, con las campanas que desde las cuatro de la mañana despiertan hasta a los sordos para que vayan á oír misa; con los perros y gatos que pasan por la crisis del terrible dolor de muelas y con las otras mil y mil cosas que perturban el tranquilo sueño del vecindario.¹

Las nuevas reglas de lo festivo autografiaban la campaña emprendida por las autoridades para modificar la anterior postura opresiva del gobierno. La moda contemporánea reveló una amplia tolerancia hacia la distracción mediante ejercicios diferentes a la ocupación habitual. Las personas demandaron esparcimiento y relajación en las diversiones honestas, por eso la permisividad en el consumo de bebidas embriagantes hasta cierto límite. Los instantes de la fiesta fueron una afirmación de la existencia de un Estado que, sin interferencia ni limitación de las diversiones, buscó crear un inédito concepto de libertad.

La sensación de independencia pretendió formar individuos más libres y menos dependientes de las instituciones de gobierno. Es decir, el hombre debía ser una persona moderada y prudente por sus propias convicciones, aunque sin olvidarse de las condenas de una conducta incierta. En esta idea subyacía la intención político-moral de crear hombres con criterios propios y capaces de tomar decisiones según una moralidad sancionada. La tolerancia hacia determinadas actividades no implicó la permisividad de los comportamientos desviados, los agentes del orden y las instituciones judiciales asumieron en ese momento un papel central en la corrección y en la rectificación del desorden civil y moral.

• • • • •

¹ *El Pensamiento*, 12 de septiembre de 1875.

Así, en las reuniones familiares privadas o públicas de un barrio, el baile constituyó la representación lúdica más importante. Esta expresión respondía a una reunión de vecinos, parientes, amigos cercanos o invitados. En algunos pueblos del estado, sin embargo, las tunas y otras reuniones nocturnas se condicionaron según los eventos de la época. Por ejemplo, un reglamento de policía sancionaba:

No conviniendo a los intereses de la sociedad las tunas y reuniones considerables, al menos mientras dure la actual campaña, se prohíben éstas absolutamente, y sólo se permitirán en adelante aquellas tertulias de personas conocidas que se reúnen con el objeto de proporcionarse recreo, observando el buen orden y circunspección debida y disolviéndose a horas regulares de la noche.²

La permisividad no implicó la completa libertad. Para realizar un baile se necesitaba una licencia. Aun cuando las autoridades del cabildo meridano no se oponían a su ejecución, procuraban estrechar el control de estos mediante las limitaciones en el consumo de bebidas, en el entendido de que el exceso provocaba comportamientos incompatibles con la moral y las buenas costumbres. El baile, elemento identificado con las fiestas, fue una distracción muy apreciada por las jóvenes de la sociedad urbana debido a que muchas veces carecían de otro tipo de diversión. La férrea vigilancia sobre ellas coartaba su libertad para dedicarse a otro tipo de actividad recreativa. Las únicas horas de esparcimiento estaban asociadas al hogar o a la iglesia. El mundo social de las mujeres, aparte de sus responsabilidades religiosas, se reducía a las labores domésticas —cuidado de los hermanos menores, ayuda en la cocina, la costura, el tejido y la limpieza— y, sólo en algunos casos, a la lectura.

LA CULTURA Y EL REFINAMIENTO DESDE MEDIADOS DEL SIGLO XIX

La relativa simplicidad de las reuniones privadas de la primera mitad del siglo XIX se transformó, desde finales de la década de 1850, y dio paso a una celebración más elaborada. Esta modificación también estuvo relacionada con el hecho de que en Mérida comenzaban a vivirse los tiempos de la extraordinaria



² Reglamento de policía de la ciudad de Mérida, capital de Yucatán, Mérida, Imprenta de J. D. Espinosa, 1852.

bonanza económica derivada del auge henequenero. La producción, comercialización y exportación de la fibra favoreció el afianzamiento social y económico de una parte de la sociedad, la elite.

En los últimos años del decenio de 1850 las autoridades vindicaron y comenzaron a flexibilizar su antigua oposición hacia las reuniones privadas y familiares, terminando la época cuando la poca consideración moral lúdica limitaba su legitimación. Esto quiere decir que hubo una nueva visión hacia las reuniones que antes se identificaban con diversiones destinadas sólo a saciar pasiones (el baile) y a provocar, en ocasiones, comportamientos inmorales inapropiados (embriaguez, alteración del orden, generar disputas familiares o conflictos sociales).

La tolerancia por ciertas distracciones sociales se había reducido a aquellas reuniones de personas *decentes y honorables*, es decir, las fiestas de los miembros de la elite. Fue entonces, cuando las diversiones de corte popular también comenzaron a apropiarse de los espacios que antes eran proscritos y adquirieron una mayor familiaridad en la sociedad. El control de las calles y la condición diferente de entender la cotidianidad por las autoridades, influyó en la norma lúdica común.

La apertura de los espacios de diversión representó un triunfo de la sociedad cotidiana ante las leyes que atentaban contra las costumbres y las sociabilidades colectivas, íntimas, familiares y amistosas. La esfera política trató de limitar la diversión particular de las clases menos protegidas —a diferencia de la elite— aunque esa realidad nunca se cumplió. La restricción limitaba el uso del espacio, en el interior, aunque hubo muchos tunantes que extendieron la línea de diversión al espacio público. En los tiempos nuevos, las libertades se ampliaron. La ausencia de censuras tampoco significó la ruptura del orden, de la libertad de los juegos prohibidos, sino que hubo un reconocimiento de las necesidades sociales.

La redefinición de la moral liquidó la posición inmoral de los bailes para inscribir en lo moral esta diversión antes considerada recreación. Los conceptos de fiesta y entretenimiento se entrelazaron a la recreación que antes era reprobada.³ El fomento del espectáculo callejero también vivió una época de

• • • • •

³ Es importante recordar que si bien hubo intentos de las autoridades por procurar sanas recreaciones, éstas por lo general obedecían a los intereses de la elite. Así, durante el siglo XVIII, la recreación se identificaba con las diversiones deshonestas,

afianzamiento. Las antiguas decisiones morales que impugnaron su defenestración habían perdido terreno; predominó, en cambio, la aparición de diversiones en espacios antes desconocidos. Por lo tanto, las reuniones familiares, a diferencia de las fiestas de familia, constituyeron una nueva forma para comprender el espíritu de distracción y esparcimiento de la gente, del pueblo.

Las reuniones privadas adquirieron una mayor categoría. La visita a la residencia de amigos cercanos o de familiares fue una costumbre común usada para fumar, beber o charlar de sucesos triviales o eventos significativos. La invención de la *tarjeta de visita* acentuó la importancia de dichas reuniones en la vida social. La visita se convirtió en un rito imprescindible que contribuyó a fomentar los intercambios privados al tiempo que facilitó, gracias a la conversación, el acceso a la información de otras familias, la situación económica, etcétera.⁴

Éstas tarjetas tenían el objetivo de regular o controlar el número de visitas hechas a una familia y, además, de evitar que ciertas personas abusaran de la hospitalidad de los anfitriones. Por ese motivo, la visita inesperada sólo se realizaba cuando existía una relación muy estrecha entre las personas. Las reglas de cortesía y de urbanidad establecían que nunca se debía llegar a una casa sin la previa invitación formal y menos en una hora poco apropiada para la familia visitada. Las visitas, por lo general, fueron una respuesta o devolución a la invitación a reuniones o tertulias de conversación, donde a menudo la anfitriona disponía lo necesario para obsequiar canapés, dulces, pastelillos y bebidas. Esas



porque se refería a “todo aquello que es capaz a recrear el ánimo” (Marcos de Santa Teresa, *Compendio moral salmaticense*, Pamplona, España, Imprenta de Josef de Rada, 1805, p. 606). La recreación, por lo tanto, definía los comportamientos asociados al “abuso que hace de ellas la condición y malicia humana por el exceso en el tiempo, en los intereses que median ú otras circunstancias vician y hacen pecaminosas las mismas diversiones”, Archivo General de la Nación-México (en adelante, AGN), Bandos, vol. 8, exp. 22, ff. 82-84. En el siglo XVII la recreación tenía el mismo significado: “El entretenimiento, hablando con propiedad, y en rigor, no es otra cosa que ayudar al ánimo, para que se descance, y se alivie con otra ocupación menos fuerte que la principal en que estaba ocupado [...] Recreación es cosa diferente, porque recrear es descansar, y así porque el ejercicio sea muy desproporcionado de la ocupación principal de que se dexa, y a que se vaca tanto que se olvida toda creación, porque no es como el entretenimiento” (José Antonio González Alcantud, *Tractatus ludorum. Una antropológica del juego*, Barcelona, España, Anthropos, 1993, p. 131).

⁴ Anne Martin-Fugier, “Los ritos de la vida privada burguesa”, en Philippe Ariès y Georges Duby (dirs.), *Historia de la vida privada*. vol. 4: *De la Revolución francesa a la Primera Guerra Mundial*, Madrid, España, Taurus, 2001, pp. 204-207; Rafael Serrano García, *El fin del Antiguo Régimen (1808-1868). Cultura y vida cotidiana*, Madrid, España, Síntesis, 2001, p. 189.

reuniones, en ocasiones, también sirvieron como pretexto para fumar u organizar algunas partidas de dominó, damas, cartas, lotería u otros.⁵

Una clase de visita fue conocida con el nombre genérico de *visita de cumplimiento*. Las reuniones, poco frecuentes, ocurrieron cuando el visitante pretendía utilizar la velada para agradecer cierto asunto, solicitar un favor, ofrecer una felicitación o condolencias por duelo familiar, o bien, despedir o recibir a algún viajero. La etiqueta recomendaba no tratar el motivo de la visita directamente sino destinar parte del tiempo en una conversación ajena al motivo real de ésta, pero siempre teniendo presente que debe ser una reunión de corto tiempo (de ahí el nombre de *visita corta*). Los usos de la civilidad moderna también estimaron la prudencia de una nota, ofreciendo disculpas por la poca propiedad de ésta, cuando por una razón explicable no se lograba acudir al cumplimiento.⁶

A menudo hubo fechas importantes no celebradas, aunque la etiqueta aconsejaba enviar una nota alusiva del acontecimiento.⁷ Las tarjetas gradualmente se impusieron en el gusto de la elite y durante el Porfiriato estuvieron ampliamente extendidas. En los catálogos de las librerías había un extenso surtido de sobres, papel para cartas, esquelas y participaciones matrimoniales, tarjetas en blanco, de visita, de bautizo y de felicitaciones como Nochebuena y Año Nuevo.⁸



⁵ Pío del Castillo, *Principios de urbanidad para el uso de la juventud arreglados a los progresos de la actual civilización, seguidas de una colección de máximas y fábulas en verso*, Mérida, México, s/ed., 1865; Anne Martin-Fugier, *op. cit.*, 2001, pp. 206 y 209.

⁶ Véase Pío del Castillo, *op. cit.*, 1865. En Europa, durante el siglo XIX los tipos de visita ilustraron una mayor precisión y especialización. La *visita de digestión* se recomendaba realizarla a los ocho días después de una invitación a una comida o a un baile, aun cuando no haya sido posible asistir. La *visita de conveniencia*, en cambio, tendía a mantener la formalidad de las relaciones sociales sin que exista un acercamiento muy estrecho, por este motivo suele hacerse tres o cuatro veces al año. La *visita de felicitación* asimismo se hacía en ocasión de un natalicio, un matrimonio, un nombramiento o una condecoración. La *visita de condolencia*, se estilaba para brindar a los familiares el pésame por la pérdida de un ser querido. La *visita de ceremonia*, en compañía de la esposa, consistía en el reconocimiento que se dedica a los superiores una vez al año. La *visita de despedida y de regreso*, ofrecida antes y después de un viaje, pretendía ahorrar la incomodidad de las visitas realizadas durante una ausencia (Anne Martin-Fugier, *op. cit.*, 2001, p. 207).

⁷ *El Estado de Yucatán*, 8 de febrero de 1879.

⁸ La moda de las tarjetas personales, de origen francés, se afianzó durante el Porfiriato. Según Nora Pérez-Rayón, en la Ciudad de México las mujeres ricas podían utilizar entre 800 y 1 000 tarjetas al año para diversas funciones: de etiqueta, de confianza, de pláceles, de duelo, interesadas, desinteresadas, etcétera. El consumo promedio de una persona incluía alrededor de 500

Los establecimientos brindaban felicitaciones mediante la prensa.⁹ En 1908, incluso, había anuncios de tarjetas postales pornográficas.¹⁰ Las casas comerciales, además, poseían un gran repertorio de regalos propios para cada ocasión. Asimismo, aparecieron los establecimientos de Michelle Giacomino y “Alumbrado y adorno de Salones”, de Atilano Poveda, dedicados especialmente a la organización de banquetes, bailes, matrimonios, fiestas reales y nacionales. Los anuncios publicitarios de la prensa revelan que en esos años hubo un predominio de la felicitación escrita que no había existido antes.

La necesidad de la personalización, en muchas de las etiquetas sociales, tendió a eclipsarse debido a las innumerables maneras de agradecimiento o de felicitación escritas. La comercialización de éstas involucró a las manifestaciones hechas en la prensa que reemplazaron a muchas de las costumbres tenidas por imprescindibles. Los obituarios se generalizaron, aparecieron las llamadas secciones de “crónica blanca” y “vida social” para representar las diversiones familiares o las tertulias. En ese ambiente comercial también florecieron los empresarios que pregonaban sus artículos de perfumería, zapatos, collares, sombreros o vestuario para usar en el teatro, los bailes y las tertulias. En ese escenario cristalizó el predominio de las mujeres elegantes que destacaban por usar sombreros, guantes, adornos, abanicos, perfumes y sombrillas. Los guantes de seda, de colores, bordados o de piel de Suecia; por ejemplo, se empleaban según ciertas horas programadas: en las reuniones nocturnas se preferían largos, en cambio había mayor inclinación por los cortos durante el día o la tarde.¹¹ También, había abanicos que se debían usar de acuerdo con la ocasión. Los abanicos de plumas grandes, por lo general de avestruz, montadas en carey amarillo —a veces con inscripciones en brillantes— solían destinarse para las grandes reuniones; los abanicos con plumas negras confeccionados en carey oscuro se observaban en las representaciones teatrales; por su fácil uso, un abanico pe-



tarjetas. (Nora Pérez-Rayón, *México 1900. Percepciones y valores en la gran prensa capitalina*, México, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco/Miguel Ángel Porrúa, 2001, p. 177). El envío de postales también tenía en Europa su época de mayor esplendor (Carlos Teixidor Cadenas, “La fiebre de las postales llega a España”, en *La Aventura de la Historia*, año 7, núm. 80, junio, 2005).

⁹ *El Eco del Comercio*, 31 de diciembre de 1899.

¹⁰ *El Diario Popular*, 11 de marzo de 1908.

¹¹ *La Revista de Mérida*, 2 de febrero de 1896 y 7 de febrero de 1886.

queño se utilizaba durante los días de comida; por último, el abanico grande y soporte en su base, incluso empleado en ocasiones como sombrilla, era el favorito de los días de campo.¹²

El auge de nuevos espacios públicos también contribuyó a la ampliación de los espacios privados y de convivencia familiar. Esa nueva forma de sociabilidad, en respuesta a la prosperidad de los altos círculos sociales, se generó gracias a la comercialización del henequén.

FIESTAS Y REUNIONES EN EL SIGLO XIX MERIDANO

De las diversas reuniones organizadas durante el siglo XIX en la ciudad de Mérida, vale la pena destacar algunas.

Las *fiestas privadas* consistían en reuniones dedicadas a conmemorar bautizos, confirmaciones, cumpleaños, santorales, casamientos, bienvenidas o despedidas, aniversarios, homenajes, primeras comuniones u otras fechas importantes.

La utilidad de la prensa social fue fundamental. Los periódicos de esa época rediseñaron sus secciones para incorporar un segmento social dedicado a las felicitaciones de matrimonio, natalicio y las novedosas *lunas de miel*.¹³ El auge de la cortesía se apreciaba en los desplegados de prensa que se podían comprar para ofrecer felicitaciones. Durante el Segundo Imperio, este acento también se advierte en las felicitaciones remitidas el día de los cumpleaños o de los santorales.¹⁴ El nacimiento de las *tarjetas de cortesía* finamente decoradas se inscribió en esa coyuntura. En algunas ocasiones, los asistentes a una fiesta eran recibidos por bandas de música, sobre todo si eran individuos que pertenecían a los estratos más altos de la política. La invitación a una fiesta se hacía con varios días de anticipación y se explicaba el objetivo de la reunión.

La temporada de actividades sociales solía apuntalarse con una larga serie de bailes, fiestas y reuniones privadas en las residencias de las principales familias.



¹² Roger Iván de Jesús Aguilar Cachón, *El discurso de la mujer en la prensa del siglo XIX: la moda*, tesis doctoral, Tenerife, España, Universidad de La Laguna, 2003, p. 281.

¹³ Acerca del origen de la *luna de miel*, véase Anne Martin-Fugier, *op. cit.*, 2001, pp. 243-245.

¹⁴ Un análisis detallado de las fiestas y aniversarios familiares en Europa durante el siglo XIX, puede verse en Anne Martin-Fugier, *op. cit.*, 2001, p. 253.

En dichas reuniones los presentes consolidaron sus títulos de pertenencia a la elite y, al mismo tiempo, tejieron los lazos de sociabilidad que a menudo ejercían una influencia poderosa en la vida pública. Es preciso subrayar que en una sociedad en la cual el papel social coartaba la participación femenina, tales reuniones fueron un espacio significativo de participación abierta y de reclamo de cierta igualdad.¹⁵ En ese ámbito se estrecharon las relaciones sociales porque tuvieron continuidad, además de que la circulación de gente amplía los vínculos personales en diferentes dimensiones.

Las reuniones de corte tradicional, fiestas de familia propiamente dichas, por lo general, se realizaban en la residencia particular del anfitrión y reunía a familiares y amigos cercanos. Las reuniones se caracterizaron por un ambiente de diversión y baile, comida y bebidas. Las bodas, cumpleaños, bautizos, santorales o bienvenidas fueron las fechas que el hombre del siglo XIX establecía para celebrar acontecimientos significativos y constituían, tal como ocurre actualmente, momentos de alejamiento de la monotonía y de las responsabilidades cotidianas.

Las fiestas de familia también eran conocidas como *tertulias de familia*.¹⁶ En dichas residencias, constituyentes de vínculos sociales primarios determinados por el parentesco, el matrimonio o la amistad, se generaron importantes manifestaciones de la vida social. Aunque desde finales del régimen colonial comenzó a difundirse la moda francesa de los salones, en la ciudad de Mérida sólo figuró mediante la modesta tertulia. Mientras que la característica general de la tertulia fue su estilo llano y sin mayor formalidad, en Inglaterra o Francia hubo una tendencia a complejizar los comportamientos y los modales. Las formas sociales europeas reforzaron el carácter exclusivo de los círculos aristocráticos a principios del siglo XIX. En tales círculos, la costumbre quizás era más simple y menos cuidadosa a propósito de los requisitos de admisión al círculo de los contertulios en alguna casa de la elite.¹⁷ Ciertamente, la influencia francesa fue



¹⁵ Véase Jorge Myers, *Una revolución en las costumbres, las nuevas formas de sociabilidad de la elite porteña, 1800-1860*, Buenos Aires, Argentina, Taurus, 2002, p. 12.

¹⁶ La reunión celebrada el 6 de enero de 1875, en casa del licenciado Villamil, con motivo del matrimonio civil de su hija Loreto con Joaquín Patrón, es un ejemplo de la relativa simplicidad de estas fiestas (*La Revista de Mérida*, 14 de enero de 1875). La crónica de la fiesta de bienvenida al coronel Octavio Rosado puede verse en *La Razón del Pueblo*, 3 de enero de 1875.

¹⁷ Jorge Myers, *op. cit.*, 2002, p. 9.

muy estrecha. Las fiestas de las señoritas de la alta sociedad, aunque también participaban varones, recibían el nombre de *soirée*.¹⁸

La organización de tertulias y veladas, a imitación de las celebradas en los salones de la aristocracia europea asociadas con los bailes y cenas, involucró la presencia de un piano u otros instrumentos.

El miércoles en la noche, hubo una fiesta íntima, en casa del aplaudido violinista D. Justo Uribe, en celebración del bautizo de su hijo Fausto Almlcar. Corto era el número de invitados, entre los cuales se veía principalmente, a varios de nuestros más notables cultivadores del arte de Euterpe. La velada fue esencialmente musical y nos dio ocasión de oír y aplaudir una vez más a Chonita Sauri, a la Sra. Burgos de Uribe, a Ricardo Río y a Justo Uribe. La cristianización del heredero de los esposos Uribe, fue celebrada con su verdadero derroche de armonía. Los dueños de la casa se mostraron muy obsequiosos con sus amigos, que se retiraron ya cerca de las doce de la noche dulcemente impresionados.¹⁹

En efecto, desde mediados del siglo XIX, el piano se generalizó entre las familias más acomodadas de Europa, convirtiéndose por antonomasia en el instrumento musical de las reuniones. En las residencias meridanas, éste apareció casi de inmediato gracias a que los ricos propietarios los importaron de Estados Unidos y Europa. En los inventarios y testamentos de la época, este instrumento apareció con insistencia entre las pertenencias de la mayoría de las familias adineradas. También era usual que un invitado cantara o que se usaran otros instrumentos en las veladas, aunque casi siempre las niñas o señoritas casaderas (las propietarias) ejecutaban las canciones de moda o las piezas de los músicos más reconocidos, ya que les concedía un toque de distinción y una oportunidad para cotizarse en el mercado matrimonial.²⁰ En noviembre de 1875, para festejar su cumpleaños, Gertrudis Vado organizó una reunión en su casa particular sólo “a personas de su amistad”. En el agasajo hubo bailes y un *bouquet* de niñas

• • • • •

¹⁸ *Biblioteca de Señoritas*, 21 de noviembre de 1868; Anne Martin-Fugier, *op. cit.*, 2001, p. 208.

¹⁹ *La Revista de Mérida*, 22 de julio de 1898.

²⁰ Alan Corbin, “El secreto del individuo”, en Philippe Ariès y Georges Duby (dirs.), *op. cit.*, 2001, pp. 459-461; José del Corral, *La vida cotidiana en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, España, Ediciones La Librería, 2001, pp. 136-137; Rafael Serrano García, *op. cit.*, 2001, p. 189.

—dedicatorias de poesía, canto y otras gracias—. Se tenía la impresión de que las mujeres tenían especial fijación por la música²¹ y, en ese sentido, el piano desempeñaba un papel importante.²² Al atardecer, los comensales disfrutaron la abundancia de un espléndido *buffet* y variados postres. Antes de concluir la degustación de los postres, las niñas continuaron su presentación.²³ La prensa social, además, se empleaba para agradecer la invitación con poesías. La dedicatoria a la señorita Vado, es un buen ejemplo:

A todos conteste *nones*
Siempre contenta y galante
Para que, el año entrante,
Nos reuna allí en sus salones.²⁴

Sin embargo, aunque en la mayoría de las reuniones de carácter familiar, *soirées* y tertulias se mantuvo la hegemonía del piano como figura central del escenario,²⁵ poco a poco los modernos gramófonos y fonógrafos comenzaron a sustituirlo. En 1906, *La Campana*, escribió:

En Mérida ha habido una invasión tal de esas máquinas sonantes que no hay ciudadano ni ciudadana que no conozca el aparato y lo tenga. En los suburbios la cosa es para morir. No hay casa en donde no se encuentre un fonógrafo. Se les ve encima



²¹ Alice D. Le Plongeon, *Notas sobre Yucatán en 1873*, Mérida, México, Universidad Autónoma de Yucatán, 2000. Para las reuniones de esta naturaleza en la ciudad de Orizaba durante el siglo XIX, véase Eulalia Ribera Carbó, "Segregación y control, secularización y fiesta. Las formas del tiempo libre en una ciudad mexicana del siglo XIX", en *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, núm. 36, 1999, <http://www.ub.es/geocrit/sn-36.html>; Eulalia Ribera Carbó, *Herencia colonial y modernidad burguesa en un espacio urbano. El caso de Orizaba en el siglo XIX*, México, México, Instituto Mora, 2002.

²² En los hogares de la segunda mitad del siglo XIX la presencia de un piano fue importante. El instrumento era demasiado grande, elaborado y caro, incluso cuando fue reducido a las dimensiones más maniobrables del piano vertical (pianino). El piano estaba en las residencias de la burguesía europea porque las niñas solían practicar interminables escalas, véase Eric J. Hobsbawm, *La era del capital, 1848-1875*, Buenos Aires, Argentina, Crítica, 1998, p. 241.

²³ *El Pensamiento*, 21 de noviembre de 1875.

²⁴ *Ibid.*

²⁵ "Crónica blanca", en *El Diario Popular*, 27 de febrero de 1908.

del altar de la Virgen, en el suelo junto al *lec* de pan, en el brocal del pozo, etc. y se les oye tocar desde que el sol sale hasta avanzadas horas de la noche.²⁶

La influencia de la *grande soirée* francesa donde solía alquilarse el servicio de una orquesta para el baile de los invitados,²⁷ fomentó la aparición de las muy frecuentes *fiestas de baile*. Éstas surgieron cuando un grupo de personas se organizó con el objetivo de realizar, cada determinado tiempo, reuniones con baile. En noviembre de 1868, se estableció en la ciudad una sociedad dedicada exclusivamente a la organización de bailes. Los socios de la sociedad del “Asalto” constituían un numeroso contingente de jóvenes que preparaba veladas todos los domingos en alguna de las distintas casas de los integrantes.²⁸

Por su parte, las reuniones de corte político tenían un propósito diferente. La oportunidad se aprovechaba para estrechar y/o fomentar lazos de amistad con un personaje importante. Esas reuniones no eran de estricto carácter político sino que también sirvieron para festejar cumpleaños o santorales de ciertas personalidades. Asimismo, celebraban el término de un gobierno, hazañas militares, bienvenidas o despedidas de algún funcionario y, en las oficinas públicas, la conmemoración de los días patrios. En la reunión privada política, el convite se caracterizó por los brindis, las alegorías con motivo de la reunión y los aplausos.²⁹

A diferencia de las fiestas de familia, las *fiestas de conveniencia* eran exclusivas de individuos que formaban parte de las esferas política, militar, religiosa o comercial. La presentación exigía la etiqueta rigurosa, propia del anfitrión, de los invitados y del local en uso. En efecto, las reuniones no siempre se realizaron en las residencias particulares sino que a veces se trasladaron a recintos más cómodos. Las fiestas tradicionales acostumbraban comenzar desde el mediodía; en cambio, las de conveniencia comenzaban, por lo general, al anochecer en algún salón, finca o residencia de otra persona. En 1874, por ejemplo, el tesorero del ayuntamiento meridano, Rafael Albertos, preparó en su casa una exquisita reunión en conmemoración del cumpleaños de Eligio Ancona. Los

• • • • •

²⁶ *La Campana*, 1 de septiembre de 1906.

²⁷ Anne Martin-Fugier, *op. cit.*, 2001, p. 213.

²⁸ *Biblioteca de Señoritas*, 12 de diciembre de 1868 y 19 de diciembre de 1868.

²⁹ *La Aurora*, 17 de diciembre de 1851; 8 de mayo de 1852 y 4 de agosto de 1852.

únicos invitados, recibidos con finos vinos, comidas y postres, pertenecían a la elite de la ciudad. Los brindis son una parte significativa del evento porque regocijaban y exaltaban la figura del homenajeado. A propósito, el señor Ancona ofreció un breve discurso de agradecimiento y, después, los presentes charlaron animadamente. La reunión terminó cerca de la medianoche.³⁰

El carácter privado de las fiestas que los políticos protagonizaron en las décadas anteriores al Porfiriato, se ramificó a la moda de los homenajes públicos.³¹ El propósito de ese tipo de sociabilidad no radicó en la fiesta *per se*, sino en su simbolismo y en la búsqueda de mecanismos de acercamiento al pueblo. Al ampliarse el espectro privado al mundo público de la sociedad —además de la antigua designación elitista de las reuniones políticas y de su énfasis cerrado—, su contenido social adquirió nuevos significados. Esto quiere decir que al mismo tiempo que se legitimaban las alianzas políticas, también se le brindaba un lugar primordial a la procuración de manifestaciones de apoyo y de respaldo público.³²



³⁰ *La Unión*, 2 de diciembre de 1874.

³¹ "Serenata", en *El Estado de Yucatán*, 29 de julio de 1877. "En vista de inconvenientes presentados a última hora, el H. Ayuntamiento ha acordado no efectuar el baile con que había pensado obsequiar al Sr. Lic. D. Joaquín Baranda y que se debía verificar en el Palacio Municipal la noche del viernes próximo. En sustitución de esta fiesta, se dará una función de gala en el 'Peón Contreras' en honor del Lic. Baranda por la compañía dramática del Sr. Roncoroni. Oportunamente se circularán las invitaciones, y procuraremos estar al tanto de la obra dramática que se escoja para esta función, a fin de informar a nuestros lectores" (*La Revista de Mérida*, 27 de julio de 1898).

³² En la noche del sábado 9 de febrero gente de todas las clases, personas distinguidas, representantes del comercio, la agricultura y las letras de la ciudad, se reunió en la plaza de la Independencia para demostrar su aprecio al Gral. Palomino. En el lugar, adornado con faroles de colores de diversas formas, hubo música y cohetes voladores. Más tarde, acompañado de música, un paseo cívico recorrió las principales calles del centro hasta la casa del gobernador. La agrupación ingresó en su residencia para la felicitación ofrecida por las palabras del literato Lic. Roberto Casellas. Al mediodía siguiente, el orden vigente de la reunión privada se restauró en un banquete realizado en el local del "Casino" ("Espléndidas manifestaciones", en *La Razón del Pueblo*, 11 de febrero de 1889). En el renglón de las fiestas de carácter político se inscribe la fiesta brindada el día 20 de septiembre de 1905 por la colonia italiana de la ciudad. En esa fecha se celebró el trigésimo quinto aniversario de la ocupación de Roma. Por este motivo, en la oficina consular hubo una reunión en la cual, el agente consular interino Martín Bucelli y Alfonso Cardone dieron sendos discursos. Después, en la casa del segundo, se ofreció un banquete y un brindis. En la noche, la colonia italiana radicada en Mérida patrocinó una serenata en la plaza principal ("Fiestas italianas", en *La Revista de Mérida*, 21 de septiembre de 1905).

Las *veladas literarias*, en cambio, tenían el objetivo de reunir a un grupo de personas con inclinaciones por el arte y la cultura. En un lugar especialmente preparado, se leían poesías, composiciones o cualquier otra forma de manifestación artística. En la noche del primer domingo de 1868, varias mujeres se reunieron en la casa de la señora Jacoba Gutiérrez de Cetina para dedicarse a la lectura de una composición de Rita Cetina.³³

Las *serenatas* correspondieron a otro tipo de reuniones. La mayoría de ellas se hacían en obsequio del público, recorriendo las principales calles de la ciudad con motivo de una fiesta, aunque también existió la destinada a otro tipo de celebraciones. La particularidad de las serenatas privadas era la presentación espontánea de un grupo de personas que, con música y canto, reconocían la trascendencia del propietario de la casa o bien, por iniciativa propia, ese grupo se apersonaba en la residencia de una amistad con fines estrictamente lúdicos. La serenata que el director de la banda de música militar de la ciudad ofreció, en 1866, al comisario imperial José Salazar Ilarregui, fue una serenata del primer tipo.³⁴

En otro sentido, la introducción de la primera comunión acentuó un alto valor simbólico en la niñez. Ese ritual católico se incorporó al renglón de las fiestas privadas cuando los infantes de todas las clases sociales, vestidos con hábito blanco, acompañados de sus padrinos, antes del retiro espiritual de un día,³⁵ convivieron con sus amigos y familiares en un desayuno después de la ceremonia religiosa.³⁶ Las misas también fueron indispensables en las fiestas celebradas con motivo del término de los cursos escolares. La directora del colegio de niñas de la sociedad católica “Leandro León Ayala” del suburbio de Santa Ana, después de la misa correspondiente, en obsequio de las niñas, organizó un convivio y un desayuno para trescientos comensales.³⁷

Los bailes que habían definido los cumpleaños ahora también se compartían en los bautizos,³⁸ mientras en los *bailes de piñata* de sábados y domingos prolifera-

• • • • •

³³ *Biblioteca de Señoritas*, 7 de noviembre de 1868 y 9 de enero de 1869.

³⁴ *Periódico Oficial del Departamento de Yucatán*, 3 de enero de 1866.

³⁵ El retiro espiritual programado para los niños que realizaban su primera comunión, al parecer, constituyó una práctica local.

³⁶ *La Revista de Mérida*, 28 de diciembre de 1900.

³⁷ *El Diario Popular*, 23 de marzo de 1908.

³⁸ “Crónica blanca”, en *El Diario Popular*, 28 de febrero de 1908.

raron aquellas reuniones preparadas con el único interés de divertirse,³⁹ como en los llamados *bailes de asalto*, donde un grupo de amigos y parientes llegaba a una residencia acompañado de una orquesta. Los asaltos, que sólo podían hacerse con motivo de cumpleaños, santos o aniversarios, solían comenzar alrededor de las once de la noche y podían prolongarse hasta las tres de la mañana. Esa antigua tradición, antes reservada exclusivamente a los jóvenes, también involucró a personas maduras y obligó a los anfitriones a ofrecer al día siguiente un almuerzo y un baile en la noche. Con motivo del día de los *pepes*, amigos y familiares de José Cuevas hicieron un baile en su honor; la residencia de José Prats, por su parte, fue sitiada por más de medio centenar de asaltantes que celebraron con un baile y un *lunch*.⁴⁰ La importancia de las fiestas de los santorales adquirió un papel que anteriormente no había tenido. El 15 de agosto, festividad de la Asunción, ciertos establecimientos como “La Internacional” de Eugenio Cetina, ofrecía a las *chonitas* un obsequio.⁴¹

Las fiestas de las familias más ricas se identificaban por las personalidades que asistían.⁴² Algunas veces esas reuniones se organizaban en las fincas, como en el cumpleaños de Rosario Esther Gorocica, que un grupo de amigos se reunió en una quinta que pertenecía a su padre, en las afueras de la población, y se divirtió hasta la media noche, cantando y bailando. Al día siguiente, en una fiesta que terminó después de las doce de la noche, además de que la festejada tocó el piano, hubo un banquete y un baile.⁴³ Otro asalto sucedió en la quinta de la familia de Doroteo López, cuando ésta fue asaltada por varios amigos de familias distinguidas, con música y bailes, para festejar el santoral de Margarita Castillo de López. Las fiestas también se organizaban para inaugurar casas o quintas. En estas últimas, por lo general, después de que un cura

• • • • •

³⁹ *El Diario Popular*, 7 de marzo de 1908; “Entre dos domingos”, en *El Diario Popular*, 10 de marzo de 1908 y *El Espectador*, 10 de diciembre de 1910.

⁴⁰ *El Diario Popular*, 23 de marzo de 1908.

⁴¹ *La Revista de Mérida*, 8 de agosto de 1905.

⁴² “Vida social”, en *El Diario Popular*, 6 de enero de 1908.

⁴³ *La Revista de Mérida*, 10 de octubre de 1905. Sobre los banquetes realizados en la ciudad de Toluca durante el Porfiriato, véase Ana Paula Escamilla García, *Los paseos dominicales en Toluca durante el Porfiriato*, Toluca, México, Universidad Autónoma del Estado de México, 2001, pp. 97-100.

bendecía la propiedad, había baile y brindis. El domingo 29 octubre de 1905, al inaugurarse la quinta “San Felipe” de Valerio Sánchez, varios amigos convivieron con el anfitrión y el padrino Eleuterio Falcón.⁴⁴

Las fiestas de familia también se extendieron a otro tipo de festividades. Durante los primeros años del siglo XX se organizaron fiestas dedicadas a la celebración del día de Reyes y Pascuas.⁴⁵ En esos días había una serie de bailes y de reuniones casuales en las casas para brindar por estos acontecimientos. Así, un *baile de Pascua* se hizo en el domicilio de Cecilia Montalvo.⁴⁶ A pesar de que no existía la costumbre de regalar algo a los niños en el día de Reyes, es preciso señalar que la fiesta era una representación que, con los años, se vinculó con la tradición de los obsequios. Por otra parte, la costumbre de los regalos en las fiestas de Navidad y de Año Nuevo se popularizó por esos años. La publicidad de los grandes almacenes coincidió en el último mes del año y en los periódicos se desplegaban anuncios promocionando diversos regalos. Las sugerencias e ideas acerca de qué artículos comprar trataban de seducir a los potenciales compradores. La oferta de tortugas como mascotas o muñecas son algunos consejos del mercado. ¡Muñecas! ¡Muñecas! para obsequios de Navidad y Año Nuevo, se podía leer en uno de los copiosos anuncios de las casas comerciales.

En la cena de Navidad, destacaba la novena acostumbrada, así como los dulces, refrescos y licores.⁴⁷ En las residencias de las familias más ricas, las cenas de ambas celebraciones tenían una época de esplendor porque las antiguas cenas caseras poco a poco incorporaron en el menú jamones americanos, carnes del Norte, salmón en salmuera, frutas secas y macarelas de Terranova.⁴⁸ El almacén de abarrotes de L. F. Fuente e Hijo, ofreció para la cena de Nochebuena de 1900, una extensa variedad de mariscos (arenques en aceite y en tomate, cangrejos, camarones secos y en su jugo, calamares, salmón rojo, langostas, ostiones, bacalao, sardinas y anguilas en aceite), carnes y aves (lenguas de corde-ro, salchichas de Viena, *roast beef*, filete de carnero, salchichón de Lyon, morta-

• • • • •

⁴⁴ *La Revista de Mérida*, 31 octubre de 1905.

⁴⁵ “Vida social”, en *El Diario Popular*, 14 de enero de 1908.

⁴⁶ *La Revista de Mérida*, 25 de abril de 1900.

⁴⁷ *El Interés Público*, 1 de enero de 1892.

⁴⁸ *La Revista de Mérida*, 19 de diciembre de 1900.

dela y jamón), pasteles trufados (perdigón, codorniz, pato silvestre), sopas (tortuga, rabo de buey, consomé, Juliana, caldo francés, caldo de carnero, pollo en *curry*, pollo en quimbombo y puchero francés), frutas secas, frutas en almíbar (conservas), quesos, galletas finas, vinos franceses y españoles, mantequillas, mostazas, chícharos, aceites, pastas finas, pimientos, garbanzos y *pickles*.⁴⁹

Las noticias de la prensa acerca de las reuniones familiares de Nochebuena y Año Nuevo fueron comunes desde la década de 1870. Algunos espacios cerrados, como el hotel “La Meridana” del español Francisco López,⁵⁰ al ofrecer cenas por seis u ocho reales definió una modalidad distinta del festejo familiar e íntimo de estos días.⁵¹ El mismo negocio revolucionó las costumbres del *comer* en la ciudad, ya que brindó por primera vez el servicio a domicilio.⁵² Esa nueva modalidad en la comida —elaborarla en un restaurante y luego trasladarla a un lugar específico—, abrió nuevas oportunidades para aprovechar el tiempo en las oficinas y en los negocios. La comunidad foránea en formación, ante el vertiginoso florecimiento de la industria henequenera, fue la principal beneficiaria de este sistema, ya que, por lo común, se trataba de personas sin compañía y sin tiempo o capacidad para cocinar sus alimentos. La aparición de los restaurantes se inscribió en esa coyuntura.



⁴⁹ *La Revista de Mérida*, 12 de diciembre de 1900. En la época de vigilia, en cambio, los establecimientos solían vender salmón en aceite, sardinas sin espinas, macarelas en aceite, atún en aceite y tomate, ostiones frescos, camarones y almejas (*Pimienta y Mostaza*, 17 de marzo de 1898).

⁵⁰ A pesar de que el empresario hotelero solía anunciar en la prensa cuartos para pasajeros, bien amueblados, a precios reducidos, Alice Le Plongeon escribió en sus *Notas sobre Yucatán* de 1873 que su cuarto del hotel Meridiano, una confusión de su parte, es “una habitación que consistía en un par de camas plegadizas herméticamente cerradas con cortinas, una gran mesa de pino y un par de sillas del mismo material. Además de estos artículos, había suficientes mosquitos para atormentar a todos los habitantes de la ciudad. Contra ellos, las cortinas de la cama parecían brindarnos protección. Nos preparamos pues a utilizar las camas, pero ¡ay!, ¡adiós a nuestras ilusiones!, en lugar de un colchón para descansar, sólo contábamos con un pedazo de lona extendido sobre la armazón de las camas. Lo que hicimos al siguiente día fue buscarnos una casa —asunto nada fácil ya que muy pocos edificios existen en Mérida”, Alice Le Plongeon, *op. cit.*, 2000, pp. 9.

⁵¹ *La Razón del Pueblo*, 18 de diciembre de 1874.

⁵² *La Revista de Mérida*, 31 de enero de 1875.

En aquella época hubo nuevas formas de civilidad y de diversión privada. El objetivo de los empresarios hoteleros, sin embargo, distaba mucho de abrir el mercado a la sociedad tradicional meridana, más bien, en principio, se reservó a los visitantes alejados de sus familias. El objetivo radicaba en hacerlos recordar que en la noche de Navidad o de Año Nuevo se debían enfatizar los valores morales y desterrar los rencores y odios que sólo favorecían la decrepitud moral de la sociedad. Las familias poco a poco se incorporaron en este espacio y al cabo de unos años empezaron a aparecer en dicho escenario. Cuando la antigua tradición familiar de la cena de Nochebuena se trasladó a nuevos territorios, la intimidad de las reuniones, de la convivencia y de los brindis entre parientes y amigos cercanos perdió hegemonía.

Ese tipo de reuniones también fue una práctica común en los clubes y sociedades recreativo-culturales. Cuando comenzó a asociarse la fiesta de Navidad con cenas, bailes y brindis organizados, el antiguo espíritu familiar de la fiesta siguió transformándose.

Así, en las sociedades recreativo-culturales la inclinación por el baile era socorrida. Los famosos bailes de “La Unión”, por ejemplo, convocaban a ese tipo de eventos en reparo a la obediencia de un propósito capital: la búsqueda de diversiones y entretenimientos honestos (“la felicidad en el vaiven del baile”).⁵³ Existen varios folletos acerca de la magnificencia de los bailes celebrados en aquella sociedad recreativo-cultural.⁵⁴

La influencia de ese tipo de instituciones también se observó a raíz de que las fiestas se profesionalizaron con el inicio del siglo XX. La preparación familiar de la fiesta tendió a diluirse cuando, en ocasiones, su dirección fue confiada a los clubes. Las sociedades recreativas “Oro y Negro” y “Liceo Juvenil” prepararon en 1908, por ejemplo, sendos bailes en las residencias de las influyentes familias Ancona Cámara, Cano Gutiérrez, Cámara Zaldivar y Monsreal.⁵⁵

• • • • •

⁵³ *La Razón del Pueblo*, 2 de febrero de 1874.

⁵⁴ Por ejemplo, véase *Centro de Apoyo a la Investigación Histórica de Yucatán*, Folletos, caja xxvi, 1873, 17, “Sociedad de La Unión. Revista del gran baile”, Mérida, 2 de febrero de 1873.

⁵⁵ “Vida social”, en *El Diario Popular*, 14 de enero de 1908.

CONSIDERACIONES FINALES

Las fiestas de familia del siglo XIX representaron la imagen de una sociedad determinada por la diferenciación social. En las diversas categorías de fiesta analizadas existían, por supuesto, las mismas definiciones establecidas en el ámbito privado. Así, en general, las fiestas públicas y privadas, políticas o sociales, constituyeron los espacios que, por antonomasia, descubrían la pertenencia a ciertos estatus sociales.